

CARTA DE AMOR A MI PUEBLO

Querido pueblo:

A los de mi pueblo hoy quiero escribiros una carta y quiere ser de amor, estoy empeñada en ello. Pero como en este momento estoy pensando en los que no me quisieron, tengo que nombrarlos.

A los que no me quisieron, le habrá pasado el tiempo, como a todos. Serán iguales, se habrán comprado un parcela en el cielo, habrán pactado con Dios, pues bien que él los perdone. Yo no puedo.

Para todos los demás es mi carta y es de amor incondicional. Hoy al escribiros de alguna manera lamento no hacerlo en valenciano, que es como os pienso y os recuerdo. Y quiero añadir que mi nacionalismo es sólo amor a la tierra, en mí lo siento pero nunca lo utilizo contra nadie.

Quiero contaros que cuando me fui seguí creciendo siempre por dentro (por fuera veréis que no). Bien, cuando ya me hice grande, cuando fui un ser humano, cuando sentí mi poder y fui una pieza más del universo y también en los grandes momentos de mi vida, pensaba: ¡Mira, Teresita, si te vieran los de tu pueblo!

Ahora sé que eso es un mito, quizás un trauma, pero es verdad, es así y no me importa reconocerlo.

Es mi debilidad y vuestro privilegio. Y como estoy notando que la carta se me va de las manos, mejor dicho, de la mente, voy a cambiar de tercio.

Cambiar de tercio sería un término taurino y de eso os quiero hablar: de toros. Los toros me gustan, son bellos en sí mismos, mágicos y mitológicos. También me gustan en las plazas de los pueblos, por el color, la alegría y la fiesta que transmiten. Lo que no me gusta es verlos morir, pero mucho menos, ver su sufrimiento.

Y el verano pasado, en nuestro pueblo, asistí a un espectáculo cruel y gratuito que todavía no he podido olvidar. Fue en agosto, en fiestas y fueron los Quintos y aquel animal, que sólo quería escapar de ellos.

¡Era tan pequeño! ¡Tan indefenso! ¡Tan inocente!

Lo maltrataron y luego se lo comieron, me pregunto si lo matarían antes. Supongo que sí. Lo comenté con algunas personas y nadie quiso darle importancia. Eran las fiestas, los Quintos, la juventud, la diversión. A lo mejor soy yo, que no lo entiendo. Quizás sea una tradición que yo desconozco, pero pienso que hechos como aquél sí que nos remontan a las cuevas, pero no a nuestro pueblo sino a las del Barranc de la Valltorta y todavía así, sería sin la necesidad de alimentarse, sin el arte de la caza.

Por eso, a quien corresponda, le pido que si no puede eliminarse aquel espectáculo, al menos que el toro sea más grande, con más fuerza bruta, con más cuernos y lo que sea. En fin. Pido más igualdad. Y ahora, de nuevo, cambio de tercio. También quisiera decirles a los que no me conocen que ya sé que son muchos, quiero decirles que de alguna manera les espero. Para mí sería bonito descubrir nuevos valores. Querido pueblo, me ha costado tanto decidirme a escribir mi carta y ahora, sin embargo, no se cómo terminarla, me ha costado un esfuerzo mental y emocional. Mañana, para compensar arrancaré hierbas en el jardín y no pensaré en nada o mejor me iré a buscar espárragos, que no a freírlos.

Querido pueblo, el pueblo del milagro. El pueblo socialista. También podría ser del milagro socialista.

Yo no espero un milagro de vosotros. Quizás una respuesta alguna respuesta, sí. Al fin y al cabo, sois la mitad de mi vida. Sólo eso. Nada más. Nada menos.

Querido pueblo, todavía **puedo** quererte y **quiero** quererte. Por todo eso y por todo lo demás... hasta siempre, querido pueblo.

TERESA SEGARRA TOMÁS



Desde mi terraza, con mi alegría, mi equilibrio, mi madurez... Todo ello es cuestionable, excepto la terraza, que es realidad. Teresa, abril-96.

Desamparo

Lo que nunca he contado
es la verdad cruda y desnuda,
la verdad desgarrada a pesar de ser amor
lo que siento en mi alma.
Amor que tengo que callar,
ahogar para evitar que grite,
matar para... engañar.
Y sólo se trata de amor...
Y mientras tú,
quizá insensible a mis sentimientos,
preguntándote por mí.
Sin ocupar espacio en tu vida,
asomándome a ella sin intenciones,
sin ambiciones, con miedos, con temores.
Perdí el control de mi corazón
cuando te encontré sin buscarte
y lentamente te has convertido en obsesión,
que cada día lucho por apartarte.
Y nada adivino en ti que me llame,
que me quiera, que me indague.
Acabo el día contigo y lo empiezo junto a ti.
El corazón es dueño de mí.
De tu corazón yo no soy dueña.
Quiero mirar junto a ti la misma estrella.
Guárdame el secreto.

MARC ARARAT